

**GUY DE MAUPASSANT  
NOVELISTA DE SÍ MISMO**

Un hombre que se ha erigido en artista no tiene derecho a vivir como los demás.

G. FLAUBERT

–... A veces acudía a este café. Se sentaba allí, a la derecha, y dejaba su sombrero sobre la banqueta, con la cofia hacia fuera. La gente, al pasar, podía comprobar que esa cofia estaba adornada con una corona de ocho florones; Pese a lo que se suele decir, el Sr. de Maupassant tenía en mucha estima su título de marqués. Además, usted sabe que sin en *la Guía de Caudebec*, reeditada en noviembre de 1888, el nombre del comandante Raoul de Maupassant figuraba en cabeza de lista, entre los últimos templarios de la comandancia de Caudebec-en-Caux, el autor de *Bel-Ami* no ignoraba esa inserción...

–Es muy posible, continúa nuestro interlocutor; nada impide que el mocetón que vi aquí fuese de esa raza. Su frente baja era singularmente luminosa. La nariz recta y fuerte delataba un espíritu preciso, enérgico. La complexión era poderosa. Pero estaba mejor sentado que de pie. Desde que marchaba, tenía un porte de un mariscal reenganchado. Bajo la chaqueta, seguía siendo un gentil hombre campesino... Y, fíjese, una tarde, hacia finales de 1890, en este mismo lugar, pude observarlo durante bastante tiempo. De vez en cuando se ponía el binóculo para vigilar la entrada del café. Su mirada, dura en reposo, se volvía entonces soñadora y no carecía de encanto. Maupassant esperaba visiblemente a alguien. De repente, se levantó apresuradamente. Pude observar a la persona al paso. Era una rubia de tez intensa y ojos claros. Se parecía a esa escritora que, en las revistas mundanas, firma como Pierre Guérande o Hermine. La voz un poco arrastrada del Sr. de Maupassant me llegó bastante nítida. Maquinalmente, en lugar de terminar una carta que yo tenía ante mí, me puse a anotar, como un reportero, lo que decía el novelista a su amiga.

Parecía disculparse: «Esta noche no estoy libre, decía. Prorroguemos esta cita para mañana... Usted sabe que en París nunca ceno en casa... ¡Ah! No es que me divierta frecuentar toda esa nobleza... Tranquilícese; no diré nada malo... Si no ceno con usted no quiero sin embargo apenarla... Usted, usted todavía cree en las personas nobles en las fiestas balzacianas y en los salones del barrio de Saint-Germain... A mí me era más agradable antaño remontar el sena en barca desde Triel hasta Sartorville que perder mi tiempo con princesas rusas... Pero no escribo más que para ganar dinero... Debo cuidar esa clientela, la única que puede resultarme útil para vender bien una novela... Así pues, esta noche debo cenar en casa de una Alteza... Hay que reconocer sin embargo que la figuración principesca que encuentro en esa casa no carece de interés ... ¡Todo el *Gotha*, querida amiga!... El príncipe de Gales estuvo allí el pasado invierno... El más mínimo té se sirve allí como pretexto a grandes manifestaciones mundanas... No faltó ni a una... Fue allí donde conocí al duque de Chartres, al rey de R..., a la condesa P...»

El viejo librero parisino que nos contaba estas palabras, anotadas antaño por él en el Café de la Régence, añadió:

– El Sr. de Maupassant se volvió entonces tan locuaz enumerando a todas esas personas nobles que tuve que renunciar a mis pequeñas indiscreciones. Me conformé pues con observar hasta el momento en el que, el gran escritor al que los periódicos consideraban ya entonces una leyenda, se alejó con «Hermine». Pues bien, por su actitud a la vez fatigada y trepidante, por la contradicción que se manifestaba, de un minuto a otro, en sus palabras, por todo lo que su persona desprendía de artificial, tuve

la impresión que, como tantos otros novelistas, el Sr. de Maupassant había olvidado escribir la más completa, la más impactante tal vez de todas sus novelas: la que hubiese escrito contando su propia historia.

§

Maupassant contado por sí mismo: ¡qué gran tema de novela para ese escritor que se servía de todo lo que escuchaba!; copiaba y ganaba dinero de todo gracias a la gran desenvoltura del genio. Pues, si se considera el genio como una facultad abstracta exógena a los individuos, él tuvo genio como nadie, ese novelista inconsciente de su obra, todo espontaneidad en el trabajo de creación y para quien el oficio literario formaba parte inherente de su naturaleza.

Desde luego no le hubiesen faltado los documentos para componer esa sombría historia de un hombre que buscaba alguna bien lejos, en los demás, temas que habría encontrado en él más fácilmente, a domicilio.

Su apellido: un apellido que etimológicamente podría muy bien significar *mauvais passant*, *passant redoute* o *mauvais pasage*. Unos orígenes nobiliarios bastante confusos y en la historia de los cuales dos personajes al menos mueren de muerte violenta.

Un escritor regionalista, Georges Dubosc, hablando de los antepasados de Maupassant, nos los muestra en el siglo XVII, preocupados de su «nobleza»<sup>1</sup>. Todavía no tienen partícula, «de costumbres escrupulosas y desahogados económicamente». Se encuentran entre ellos honorables boticarios de espíritu y gusto hogareño. Fue solamente en 1669 cuando un tal Claude Maupassant se revela con un temperamento más aventurero. Oficial de caballería, se hace destacar en el asedio de Candie, y muerto Claude *de* Maupassant en 1700. Este ennoblecimiento habría sido adquirido por él en la Lorena alemana<sup>2</sup>. ¿Pero Claude de Maupassant debe estar clasificado, con certitud, entre los antepasados de Guy de Maupassant? Un especialista en heráldica podría extraer diferencias esenciales de blasón que sugerirían muchas dudas. [...]. En definitiva, hay motivos para una sesuda discusión entre los fervientes partidarios del arte heráldico.

Otro Maupassant, Claude-Georges, lugarteniente-general, muere trágicamente en 1742. Portador del estandarte de su compañía, es asesinado de un disparo de pistola, sin que el asesino pueda ser descubierto.

Un César de Maupassant, diputado del Senado de Nantes en los Estados generales, es igualmente asesinado en el transcurso de la masacre de Machecoul, en 1793.

En el año 1785, vive en París, o ejerce las funciones de pagador de rentas, el Sr. Maupassant de Valmont, domiciliado en el número 7 de la calle Portefon, en el Mairas. Señalemos que Valmont es también el nombre de un municipio situado a cuatro leguas de Fécamp. En recuerdo de este antepasado o de este municipio, el novelista firma sus páginas de juventud con el pseudónimo Guy de Valmont.

Es únicamente en el siglo XIX cuando encontramos unos Maupassant en el país de Bray, luego en Rouen y en La Neuville Champ d'Oisel.

Se sabe finalmente que el Sr. Gustave de Maupassant se casaría en Rouen, el 9 de noviembre de 1846 con la Srta. Laure Le Poittevin, de Fécamp<sup>3</sup>, y diferentes biógrafas mantienen, por cierto, que fue en Fécamp, en la calle Sous-le-Bois, donde nació el autor de *Une Vie*.

<sup>1</sup> *La Normandie*, n° 7. Julio 1905

<sup>2</sup> *L'Armorial général* de Riestar califica como alemán el blasón Maupassant.

<sup>3</sup> « He aquí aún una gran pérdida para mí, escribía Flaubert, y doblemente, puesto que se casa primero y a continuación va a vivir a otra parte.»

Aquí podría comenzar la fabulación novelesca del relato. Primer misterio: alrededor del nacimiento.

El acta, registrada con el número 30 en la alcaldía de Tourville-sur-Arques el quinto día del mes de agosto, del año mil ochocientos cincuenta, nos dice que Henri-René-Albert-Guy nació en el domicilio de sus padres, en el castillo de Miromesnil.

Ese castillo de Miromesnil, que el Sr. Gustave de Maupassant ocupaba de alquiler cada año durante el verano, quedaba evidentemente mucho mejor como indicación sobre un acta oficial que la pequeña calle Sous-le-Bois, en Fécamp.

¿Podemos admitir que los padres hayan hecho transportar, en el momento oportuno, al recién nacido a un dominio cuyo nombre podía dar más pábulo a sus ansias de «ennoblecimiento»?

Esto es tan o menos inverosímil como que, en la misma época, encontramos a la Sra. Laure de Maupassant residiendo en Fécamp de donde regresa para la ceremonia de prebautizo que tiene lugar, dieciocho días más tarde en la capilla del castillo. Los partidarios de Fécamp tienen sobre este punto irrefutables documentos, del mismo modo hay que reconocer que los partidarios de Miromesnil los poseen para defener la tesis contraria. Estamos en Normandía. Es cierto que más tarde, en París, el misterio aumenta con motivo del acta de defunción, levantada en la alcaldía del distrito XVI, que nos dirá que Guy de Maupassant nació en Sotteville, cerca de Yvetot, municipio situado a varios kilómetros de Fécamp y del castillo de Miromesnil.

Sea como fuere, y dando por supuesto que el Sr. y la Sra. de Maupassant se hubiesen puesto de acuerdo en algún momento para localizar el nacimiento de su hijo en el marco más incomparable para satisfacción de su amor propio, esta complicidad no debía subsistir durante mucho tiempo. Divergencias de carácter pronto se precisaron entre los esposos. Ya el viaje de novios en Italia no había ilusionado en demasía a la joven pareja. Se produjo una separación amistosa.

Amigos muy cercanos a la Sra. Laure de Maupassant nos comunicaron que las penas provocadas, tanto por esta separación como por los incidentes que la precedieron, no son ajenos a los trastornos cardíacos de los que padece la madre de Guy.

Sin embargo, esos mismos amigos bienintencionados señalan en la Sra. Laure de Maupassant, unas aprensiones de locura, unas alucinaciones de la vista y diferentes fenómenos neuropáticos que, a continuación, se reproducirán agravados, cuando intenta envenenarse y hay que cortarles los cabellos a fin de evitar que se estrangule con ellos.

Para quien crea en el rigor absoluto de las leyes de la herencia, para el ginecólogo que sepa encontrar, mediante sabios cruces de fechas, las relaciones necesarias, se podrían establecer ingeniosas hipótesis. Ellas explicarían las causas profundas por las cuales los relatos de Guy de Maupassant están repletos de niños adoptados, de niños abandonados, de niños que se preguntan si su padre es su padre y de niños que encuentran a su padre allí donde no esperan encontrarlo. Mostrarían que esos trastornos cerebrales de Hervé de Maupassant tienen algo en común con los de Guy. Se descubriría quizá al mismo tiempo el origen, en éste, de esa *encefalitis intersticial*<sup>4</sup> de la que ciertos signos característicos (alucinaciones auditivas, alucinaciones visuales, etc.) aparecerían en tantas ocasiones en la obra del novelista como en las manifestaciones variadas de sus «psicosis» hereditarias. Y uno no se sorprendería encontrando tan a menudo la palabra locura, con todos sus derivados, en todas las páginas de una obra de aparentemente rebosa salud, pero, en realidad, está muy febrilmente concebida.

«Herencia e intoxicación», sugiere a su vez el doctor Maurice de Fleury cuyo testimonio es de un singular interés documental cuando cuenta<sup>5</sup> una conversación

<sup>4</sup> Dr. Gilbert-Ballet. *Psychoses et affections nerveuses*. Paris 1897

<sup>5</sup> Dr. Maurice de Fleury. *Introduction à la médecine de l'esprit*. Paris. 1897-

mantenida con Maupassant después de la publicación de *Pierre et Jean*, ese relato tan patético y tan sencillo:

En ese libro que le parece a usted tan bueno y que, yo también lo creo, da la nota justa, no he escrito ni una línea sin embriagarme de éter; he encontrado en esta droga una lucidez superior, pero me ha hecho mucho daño.

Las voluptuosidades de la vida ordinaria le escapan hasta tal punto que se ve avocado a la decepcionante búsqueda de los “paraísos artificiales”; y, el asco de los goces ordinarios, lo arrastraba incluso<sup>6</sup> hasta los juegos de excepción que enseña *La philosophie dans le Boudoir*.

He aquí pura intoxicación. En cuanto a la herencia, recordamos que en 1903, un médico habiendo estudiado este tema en una tesis, fue rechazada la publicación del trabajo por la Sra. Laure de Maupassant.

### §

Años de infancia, celosamente vigilados por la Sra Laure de Maupassant, madre también fanática como la Jeanne de *Une Vie*; años de aprendizaje, rigurosamente disciplinados por Gustave Flaubert, padre intelectual (la paternidad intelectual bien vale la otra, decía Flaubert) y he aquí la guerra de 1870, la invasión prusiana, toda la procesión de dolores y miserias que debían dejar en el joven hombre «esa impresión de perdurable horror que caracteriza algunas de nuestras pesadillas».

Al principio se muestra entusiasta; para el «el resultado de la guerra es obvio; los alemanes están perdidos, lo sienten muy bien y su única esperanza es llegar a París con un golpe estratégico, pero nosotros estamos dispuestos a recibirlos » (carta a su madre).

Las masas invasoras pronto vendrán a desmoronar esos exultantes orgullos.

Me he salvado con nuestro ejército derrotado, escribe a su madre. He pasado de la vanguardia a la retaguardia para llevar una orden del intendente al general. He hecho quince leguas a pie. Tras haber caminado y corrido toda la noche anterior por las ordenes, me he acostado sobre la piedra en una cueva glacial; sin mis buenas piernas hubiera sido hecho prisionero.

Eso nos recuerda las primeras líneas del admirable relato *Boule-de-Suif*: «Durante varios días seguidos, jirones del ejército derrotado habían atravesado la ciudad».

Esos recuerdos perseguirán durante mucho tiempo a Maupassant; durante mucho tiempo una cruel alucinación hará retener en sus oídos el cadencioso paso del enemigo. Ese estremecimiento lo acosa en gran número de sus relatos; la idea de la revancha lo obsesionaría; le hará despreciar a Zola soñando con reconciliación y fraternidad universal; será la revancha que, en enero de 1892, tras su tentativa de suicidio en Cannes, lo agite febrilmente y le haga decir a François Tassart:

François. ¿estás listo? Nos vamos, la guerra ha sido declarada... Siempre hemos convenido que para llevar a cabo la revancha marcharíamos juntos. Usted sabe perfectamente que es necesario que lo hagamos a cualquier precio y lo haremos<sup>7</sup>.

<sup>6</sup> Ver en los *Souvenirs* de François el relato del Crimen de Montmartre, (p. 198 y 199)

<sup>7</sup> Más lúcido, se había levantado contra aquellos a los que llamaba: «los altavoces de la revancha». Decía entonces a François: «Nunca lo haremos de ese modo; por el contrario sería necesario prepararse bien sin dejarse ver y caerles encima en el momento oportuno» (*Souvenirs* de François, p. 93)

El año terrible había echo mella en el espíritu de este soldado por la derrota. La fortuna de los suyos fue dispersada. Entonces tuvo que solicitar un puesto en el Ministerio de la Marina que le permita aligerar las cargas familiares. Supernumerario con un sueldo de 1500 francos anuales, conoce durante años las grises alegrías del chupatintas aplicado al censo de las «Telas de velas y cabos» o de las «Órdenes del servicio interno». La recomendación de Flaubert provoca que lo destinen a Instrucción Pública. Sus compañeros de ministerio conservan de él el recuerdo de un hombre «correcto, deferente, discreto y timorato»<sup>8</sup>

Timorato – o más bien prudente, – era lo bastante para no abandonar su puesto hasta haber conquistado la independencia económica que le valió el triunfo de *Boule-de-Suif*.

Fue en casa de Maupassant, en la calle Clauzel, donde los cinco jóvenes del Grupo de Médan se leyeron por primera vez las páginas que debían componer la antología<sup>9</sup>. Se había comenzado por echar a suertes, en un sombrero, la localización de los relatos en el volumen, siendo el de Zola el primero. La lectura siguió esta pequeña ceremonia. Maupassant leyó el último.

Cuando hubo terminado *Boule-de-Suif*, mediante un impulso espontáneo, con una emoción cuyo recuerdo conservaron, entusiasmados por esta revelación, todos se levantaron y lo saludaron como a un gran maestro<sup>10</sup>

También, y según el testimonio de Henry Céard, «Maupassant no se había hecho destacar de forma excepcional, ni en el periódico *l'Ordre* (dirigido por Dugué de la Fauconerie), ni en el *Journal officiel* donde redactaba de vez en cuando algunas reseñas de libros».

«No teníamos ni idea de que pudiese tener talento», declaró Zola el día de las exequias. Lo mismo fue reconocido por Jules Lemâitre. El crítico de *la Revue bleue* se reprochaba, en el transcurso de una conferencia, haber «conocido a Maupassant varios años sin tener la intención de leer una sola línea suya».

Regresando al Maupassant personaje de novela, deberíamos ahora intentar esbozar un poco su carácter, su manera de ser.

Los testimonios se contradicen. Paul Alexis lo ve «audaz, exuberante»; Zola lo muestra «callado, reservado»; «mucha cortesía, ninguna expansión», dice Pol Neveux; «alegre, un buen muchacho, contador de historias picantes», afirma J.-K. Huysmans.

«Maupassant nunca trabajaba ante nadie», nos dijo un día Amédée Boyer; «le molestaba la presencia de una o varias personas en su despacho.», escribe de Porto Riche.

No hay pues mucho a lo que aferrarse como rasgo de carácter, salvo remitirnos a las anécdota siguiente en la que todos los testimonios son unánimes. Pero, de hecho, ¿es esto un rasgo de carácter?...

El nº 17 de la calle Clauzel era una casa habitada en gran parte por putas. No había nadie más que Maupassant como inquilino de apariencia seria.

---

<sup>8</sup> Es esa época escribe a Flaubert: «Aquí veo cosas que son absurdas, bromas; y además qué tristes son. En definitiva, todo el mundo es bobo, aquí como en otras partes.»

<sup>9</sup> Recordemos que Maupassant, Hennique y Huysmans se habían encontrado en la *République des Lettres* de Mendès. Y, fue en casa de Zola donde habían conocido a Céard y Paul Alexis.

<sup>10</sup> Henry Céard. *Événement*, 10 de julio de 1893.

Cuando, el viernes muy regularmente, los cinco compañeros se encontraban en el pequeño apartamento, sucedió varias veces que Maupassant, al final de la velada, dejaba entrar en su casa a alguna de sus vecinas al regresar de su trabajo.

Maupassant disfrutaba entonces provocando en él cierto estado que, incluso para el adulto mejor constituido, no puede repetirse a voluntad y respecto a lo que un maestro del siglo XVI se complacía en tacharlo como una «capacidad rara e incierta». – Maupassant no conocía esta rareza, ni esta incertidumbre. Desgraciadamente jamás las conoció<sup>11</sup>. De ahí su desprecio por los desfallecimientos de su amigo. M.E.:

«Tiene cuarenta años, es fuerte como un tumba bueyes de la Villette, pues bien, últimamente junto a la Sra. X..., no ha sido del todo brillante<sup>12</sup>»

Aun era capaz de las mismas proezas, cuando, en 1894, en Champel-Les-Bains, cerca de Ginebra, «iba de noche a golpear en las puertas de las damas<sup>13</sup>»

Muchas veces se ha preguntado por qué, entre los escritores naturalistas, Maupassant es el único al que leen las mujeres. Ellas normalmente detestan el naturalismo en su conjuntos, lo consideran cínico y sin refinamiento; incluso el casto Zola no llega a calar en ellas. Maupassant, que sin embargo habla de amor con ese desprecio masculino que es un poco el del aldeano, atrae y retiene a las mujeres a pesar de su filosofía misógina. La explicación sin duda es que, inconscientemente, las mujeres son conquistadas por eso que hay en él de misterio; de violencia sensual y de fuerza.

En su existencia, como en sus relatos, ¿no se produjeron algunas cuestiones de hijos que «consideraciones de delicadeza impiden nombrar<sup>14</sup>?» Y escandalosas relaciones secretas y discretas intrigas públicas no vinieron todavía a aumentar el prestigio de macho excepcional que, en medio de tantas aventuras, ¡encontraba tiempo para escribir seis novelas, doscientos quince relatos, artículos y obras teatrales! Semejante actividad en el trabajo de creación no dejaba de subyugar al público femenino, siempre sensible a las proezas del apuesto atleta que sabe hacer nacer, a su alrededor, deseos, penas y esperanzas.

## §

«Un hombre que se ha erigido en artista no tiene derecho a vivir como los demás», le había dicho Gustave Flaubert<sup>15</sup>.

Este consejo, bajo la pluma del maestro de Croissset, debe sin dudar haber sido interpretado en el sentido del enclaustramiento ante el escritorio. Para un joven al que atormenta la inquietud de su destino, también puede interpretarse como un principio de dispersión. Es en este sentido como tras el éxito de *Boule de Suif*, Maupassant «arranca» con la misma violencia que la crítica había «arrancado » con el lanzamiento de las *Soirées de Médan*<sup>16</sup>. Esos fueron algunos años de metódica producción, una progresión continua de su talento, la fortuna y los buenos ingresos. No le disgustaba en absoluto mantener ese afán por el trabajo y esta febril excitación que, según pensaba, «lo preparaba como hacía falta para comprender, penetrar y expresar la vida, nuestra vida tan atormentada y tan corta».

<sup>11</sup> En una conversación particular, el profesor Gilbert Ballet emitió la opinión de que esta anormal facultad constituye uno de los síntomas más demostrativos de la parálisis general progresiva.

<sup>12</sup> Souvenirs de François (2 de junio de 1886)

<sup>13</sup> Carta del Sr. Couguard al barón Lombroso (2 de octubre de 1903)

<sup>14</sup> Carta del Dr. Balestre al baron Lombroso (Cf. A. Lombroso. *Souvenir sur Maupassant*, p. 122)

<sup>15</sup> *Correspondance* de Flaubert, t. IV, pas 289.

<sup>16</sup> «Lo esencial es hacer arrancar a la crítica, decía él a propósito del artículo que había entregado al *Gaulois*, el 17 de abril de 1880.»

Sin cesar de observar con una acusada misantropía las cosas «alegres y tristes», sin perder ni un ápice su estilo firme y pleno, se prodiga entonces y publica hasta tres volúmenes al año. Pleno de orgullo e independencia en su vida de hombre de letras, no solicita ni cinta roja, ni sillón en la Academia. Más indulgente en la elección de sus relaciones mundanas, cede, sin tener cuidado, a fatalidades fisiológicas tanto o más peligrosas para él como las que se establecían con parejas poco cuidadosas con la higiene.

Les *Souvenirs de François* constituyen a este respecto, un perfecto documento patológico literario. Si la mujer fatal no existiese, Maupassant la habría inventado para gozar siendo su víctima. ¡Desde la joven marquesa, hija de un ministro del Imperio, que, «por su estilo naturalista», escandaliza a François Tassart, hasta la gran dama rusa, ese « vampiro », exclama el buen sirviente, hasta mujeres más o menos fatales, como condesas, princesas y altezas! Y esas decentes damas, satisfechas, tomaban ciegamente por proezas las pruebas de su enfermedad y algunas señales de la muerte que lo empujaban hacia ellas.

La más inofensiva es quizá, después de todo, la célebre dama X<sup>17</sup>..., de *la Grande Revue*. Ella al menos no aportaba más que literatura. Todavía tuvo el tacto de esperar una decena de años antes de ceder a las solicitudes de sus íntimos para publicar el «pequeño cuaderno» donde anotaba las cosas hermosas que «su héroe», «su dios», le había dicho confidencialmente. Ella enriqueció incluso este cuaderno con cartas de amor a ella dirigidas, y que no dejan de sorprender un poco bajo la firma de ese rudo normando de espíritu a veces burlón<sup>18</sup>.

Beso vuestros pies para que os encaminen hacia mí sin demora...

Beso vuestras manos tan blancas y vuestra boca tan roja... Tengo tanta necesidad de usted..., etc., etc.,

Estos textos son de un hombre que tras haber proferido fanfarronadas del tipo : «¡Yo soy Bel Ami!» o «No dejaría una trucha salmonada por la bella Helene en persona», declaraba, con respecto a *Mont-Oriol*: «Los capítulos sentimentales están mucho más corregidos que los demás... A menudo me río de las ideas sentimentales, muy sentimentales y tiernas que me encuentro cuando busco bien...»

Del mismo modo que el Mariolle de *Notre Coeur*, consideraba a la mujer «como objeto de uso por aquellos que quieren una casa bien cuidada e hijos; como un objeto de placer para los que buscan pasatiempos de amor...»

Se podrá objetar que este desdén, esta indiferente pasividad, también puede disimular un corazón sentimental. Es cierto que los textos citados vienen dócilmente a apoyar las tesis más opuestas<sup>19</sup>.

<sup>17</sup> Investigaciones actuales parecen demostrar que bajo la Sra. X, se encuentra la persona del escritor rumano Adrien Le Corbeau que, haciéndose pasar por una ex amante de Maupassant, escribe unas memorias en 1913 que durante muchos años han sido consideradas reales. (Nota del T.)

<sup>18</sup> Ver: *Souvenirs de François*, p. 43 (La cena del colegial), 77 (Las ranas de la Sra. O.), 163 (Las muñecas embarazadas). Etc. –Entre otros testimonios del espíritu bromista de Maupassant, nos quedamos con que no le disgustaba hacerse pasar por antropófago. «He comido carne de mujer, es exquisita, y he repetido», dijo a la Sra. Lecomte du Nouy. –En un estudio fisiológico, publicado en 1913, el doctor Maurice Pillet, diserta con gran seriedad sobre la antropofagia de Maupassant.

<sup>19</sup> Sus cartas a Marie Bashkirtseff son casi todas en tono de broma, algunas veces arriesgadas, con alusiones irónicas a amigos comunes; bromas en las que a veces pueden sentirse presente Normandía. Sin embargo el carácter ambiguo de la joven esclava había turbado a Guy un instante; María Baskirteff sabía encontrar, de vez en cuando, expresiones de tristeza poderosas. Por ejemplo esta frase de su *Journal* con

Sin embargo parece que las cartas publicadas por la amiga de Maupassant en 1913, en *la Grande Revue*, formaban parte de una novela en colaboración, novela esbozada en líneas generales, mediante un intercambio de apasionada correspondencia.

Hubiese sido una manera de trabajo sentimental epistolar, género de ficción renovado a raíz de la lectura de las cartas de la Srta. De Lespinasse, Sra de Deffand o de la Sra. d'Épinay.

Maupassant revisaba los textos de la «desconocida» y esta volvía a leer los textos de su amigo, cuando penosos acontecimientos vinieron a frustrar esos proyectos de trabajo en común.

Uno se explica que el dolor del «colaborador» abandonado no le haya permitido discernir, en el manuscrito, lo que era literatura de lo que era realidad. Por otra parte «la desconocida» encontraba en la publicación de estas letras una revancha contra sus rivales de última hora al mismo tiempo que un apaciguamiento a sus tristezas de amiga y enamorada.

Todas estas consideraciones son tanto o más respetables, incluso conmovedoras, porque nos hacen conocer mejor al Maupassant novelista de sí mismo, el Maupassant hombre de mundo y acaparado por sus admiradoras. Pues, perpetuo errante entre las reuniones mundanas de París y las cosmopolitas de la Costa Azul, el infortunado gran hombre no pertenecía demasiado a ellas. Desde luego criticó «la vida de esas personas, sus ideas, sus fútiles inclinaciones», pero no pudo decidirse a abandonarlas por completo.

Busca con poco éxito los remedios contra los accidentes que se precipitan; el velero *Bel-Ami* pasea en vano su nostalgia de las playas italianas por las rocas de los Sanguinaires. Las taras de la vida contemporánea lo ensombrecen tanto o más, que siente la fatiga de un método de existencia contra la cual se siente sin embargo incapaz de reaccionar. Parece restablecerse un momento con *l'Angelus*, esa obra en la que quería poner de manifiesto los problemas metafísicos y sociales que le atormentaban desde hacía tanto tiempo. Fue aún, desde el principio, una visión de la guerra de 1870, pero aumentada esta vez con todos los puntos de vista del autor sobre el mundo, la vida, los hombres, incluso la divinidad. El gran realista, en víspera del naufragio de su voluntad, en el último periodo de excitación favorable a su genio, iba sin duda a realizar una obra de síntesis expresando la nulidad de los sueños de perfección y de felicidad.

«Camino con paso firme por mi libro, como por mi jardín», decía.<sup>20</sup>

Trágicas y proféticas palabras. Algunos meses más tarde era en el triste jardín del hospital psiquiátrico del doctor Blanché donde Maupassant avanzaba, ayudado por el enfermero Bispalié y por el fiel François.

En la primavera de 1893 todavía pareció experimentar esa «necesidad de desahogo, ese empuje de savia desbordante» que él había cantado anteriormente en uno de sus más turbadores relatos. Tras haber plantado una rama en la tierra, murmuró: «Plantemos esto aquí; el año que viene encontraremos pequeños Maupassants.»

En su locura, al final, lúcido consigo mismo, tenía conciencia de su genio, la cual no fue nunca más que la expansión de la materia. También deseaba que su cuerpo, como una semilla, fuese directamente enterrado en la tierra; y, conociéndose por primera vez,

---

fecha de 1 de mayo de 1884: «¿Qué intentaré de nuevo en arte? Si no es para producir algo como el estallido de un meteoro, ¿de qué vale la pena?»

«He entrado en la vida como un meteoro», dijo Maupassant a J.-M. de Heredia, en el transcurso de una entrevista.

<sup>20</sup> Conversación de la Sra. Laure de Maupassant con Paul Alexis (*Journal des Goncourt*, 1 de octubre de 1893)



quería que la muerte lo devolvieses a eso que el llamaba con soberbias palabras pero sin espiritualidad: «Mi naturaleza de planta ».

A este Maupassant novelista de sí mismo, al que había imaginado nuestro asiduo del Café de la Régence, ¿no le convendría añadir, a modo de epílogo, el relato de dos tardes del 20 y 21 de diciembre de 1893 en las que en una sala del primer piso del Hotel de las Ventas, fueron dispersados los muebles y figuras que coleccionaba del domicilio del escritor?

Una multitud enorme, comerciantes, curiosos, amigos. Ningún representante de la familia. Los parientes de Maupassant decidieron no adquirir nada. «La obra literaria solo produciría rentas durante un año<sup>21</sup>...» – Esa era al menos la opinión de su cuñada Marie Thérèse de Maupassant. Y, mediante su silencio, el padre y la madre parecían compartir ese escepticismo. Únicamente dieron señales de vida al día siguiente de la venta, reclamando una contrapartida, pues el total de la subasta (24.500 francos) les parecía insuficiente...

Pero he aquí que el comisario de la subasta comienza a lanzar cifras. Un bronce de Rodín es comprado por 970 francos por el barón Cahen d'Anvers. El Buda japonés dorado sentado sobre su flor de loto obtiene 205 francos; una gran acuarela muy fea representando unos saltimbanquis, 615 francos; un gran armario Luis XIV, 450 francos; el medallón de Flaubert, 46 francos.

Por el contrario, los objetos personales son intensamente disputados; una dama puja hasta 185 francos por un pequeño portaminas de oro; otra compra un tirabuzón por 40 francos y un frasco de sales por 26 francos; sobre la puja de 300 francos un alfiler de corbata es adjudicada a un tal Sr. Gustave George...

¿Gustave George? Esos dos nombres propios los hemos visto en las firmas del acta de defunción de Maupassant... Fue, en efecto, el Sr. Gustave George quien, en compañía del Sr. Edouard Henry, empleado de Pompas fúnebres como él, quien el 7 de julio de 1893, en la alcaldía de Passy, firma como testigo el singular documento administrativo que ni siquiera indica donde murió Maupassant...

Y ese sería el final de la novela, de esa novela donde el nacimiento y la muerte del héroe permanecen tan misteriosos como su propia existencia. Entre la multitud que se dispersa, el hombre de las Pompas fúnebres – hoy establecido por cuenta propia y cuyos negocios marchan bien, – lleva en su corbata el alfiler antaño regalado a Guy de Maupassant por la Sra. Lecomte du Nouy, de soltera Oudinot de la Faverie<sup>22</sup>

## §

26 división del cementerio de Montparnasse. Una tumba de inspiración romana, al estilo de Vaudremer.

De una losa de piedra horizontal en forma de jardinera brotan unas plantas. En un rincón, una begonia florida. Estas plantas están rodeadas de un pasamanos de hierro forjado.

Al fondo, encima de un basamento en forma de estela, se erige un pórtico compuesto de dos columnas de capiteles y base sencillos llevando una inscripción grabada con el nombre de *Guy de Maupassant* y coronado con una piedra cuadrada donde se inscribe una pequeña cruz griega en un círculo.

<sup>21</sup> Carta al Sr. Jacob, 3 de diciembre de 1893.

<sup>22</sup> Cf. *En regardant passer la vie*, pag. 107.

*Le Mercure de France, 1 de mayo de 1917*

El único elemento de bronce en este conjunto de piedra, bajo el pórtico, y apoyado en medio del basamento, es un libro abierto donde se leen dos fechas: 1850-1893<sup>23</sup>.

Ninguna otra indicación: ni lugar de nacimiento, ni lugar de defunción.

Arrojado en el bonetero, un pequeña ramo disecado se desmigaja sobre la tumba de donde emana un olor a verdor y tierra húmeda.

LÉON DEFFOUX y ÉMILE ZAVIE

Publicado en *Le Mercure de France* el 1 de mayo de 1917

Traducción de José Manuel Ramos González

Para <http://www.iesxunqueiral.com/maupassant>

---

<sup>23</sup> Este libro fue robado en el año 1991. (Nota del T.)